

Cierre de una Contabilidad

La historia y la memoria personal del siglo XX se funden en *El afilador de cuchillos*, de Rafael Argullol.

POESÍA. **EL AFILADOR DE CUCHILLOS (UN POEMA)**
RAFAEL ARGULLOL. EL ACANTILADO. BARCELONA, 1999
76 PÁGINAS. 1.100 PESETAS

CARLOS ORTEGA

Formado por 33 partes de una única composición, *El afilador de cuchillos* presenta, por muchos detalles, el aspecto de una ronda dantesca, de un callejón con paso resuelto desde las estrofas iniciales por el mapa del siglo que se va y la memoria del autor. Algo hay en él de balance finisecular, de cierre de una imaginaria contabilidad. El todo constituye un canto orgulloso, de un extraño atractivo, que concentra en torno a un núcleo de carácter alegórico tanto reminiscencias sapienciales de una apartada hondura como modernas metáforas que recalcan el pellizco que da en la carne de la víctima humana el obcecado engranaje de la

historia. La naturaleza de este canto dignifica las realidades que menciona, y salva su aspecto más personal y rabioso. No se acoge a convención alguna, salvo quizá la de utilizar un ritmo básico de pie heptasilábico, que hace las veces de hito del camino poético. Aquí el coraje señala la ruta, lejos de la ciudad razonable y pérdida de la que se ha enseñoreado el afilador de cuchillos que niega y concede la vida.

La primera estrofa de *El afilador de cuchillos* resulta un modelo de preludeo anunciando el suelo firme que pisa el poeta y la espalda virgen del territorio que explora: "Recuerdo las calles de la ciudad / el día de mi muerte, con su metódico caos / y su magnífica indiferencia: miles de sombras viven / el buen presente y tenues tentaciones de futuro, / viven, por encima de todo, el gran pasado, / ni doloroso ni placentero ni bueno ni malo". ¿Qué veremos en ese recorrido? Lo humano y el reflejo de lo propio; lo peor y lo mejor, y también lo regular, de este mundo contemporáneo, pero sin ninguna de

las artimañas que sirven para disimular el sentido de gasto del tiempo que la vida tiene, la impresión de fragmentación del cuerpo y la historia, la imposibilidad de reconstruir una unidad con los pedazos.

Pero también es un canto de resistencia nutrido de buen alimento filosófico capaz de elevar al lector a un cielo ascético desde las profundidades de la angustia del existir. Argullol elige lo que creo que es un ejemplo en la persona del poeta Paul Celan para expresar que el canto es posible aun después de la desgracia suprema: "Más allá del dolor la vida resiste, / y al apagarse los hornos y al perderse / las nubes de ceniza en el inmenso gris / siempre hay unos labios que continúan la canción". Entonando las exigentes palabras de *El afilador de cuchillos*, a veces duras e incoloras como si fueran el reflejo mismo de la bóveda de nuestros pensamientos, algo muy humano se libera más allá de la desesperanza del escuet o balance, algo inmemorial y entrañable, algo que debe de ser la manifestación propia del arte.

BBELIA.
EL PAIS
08/01/2000